

Dos relatos con vermut

Irada Díaz-Santiago

Última noche en el Charley

Thom apura de un trago el vermut restante de su vaso. Suspira profundamente y baja los párpados. Tiene el cabello ralo y el aroma de un hombre local. «Mantén a los chicos a salvo», dice y corta la llamada por el celular. Unas cuantas gotas de sudor se han presentado en su frente. Náuseas y calosfríos. Aunque la paga en la fábrica de lácteos no está mal, el seguro de muerte es mejor. Él se muere y su familia se despreocupa durante seis años. Antes de llegar al Charley pasó por la tienda de instrumentos. Su hija menor quiere aprender a ejecutar la armónica de cristal. Aunque el instrumento está a su alcance, traer al maestro prusiano a casa no lo está. Para un hombre moderno es difícil sostener a sus tres hijos en cierto nivel jerárquico. El mantenimiento de la casa. Los vestidos de la esposa. La burocracia social. Vacaciones. Caprichos... Thom vuelve a suspirar. Ahora más profundo. Los calosfríos acentúan. Alza la mano y ordena un vermut más.

En el *pub* de Charley la mayoría de los clientes son asiduos, salvo uno que otro que en ocasiones accidentales entra por la puerta y bebe un trago mientras se tranquiliza bajo el onírico ambiente del bar. Las paredes tapizadas en tela acolchonada de ramio verde. Las tenues luces que cuelgan del techo, una lámpara por mesa. Afable música. La vitrina llena de licores detrás de la barra. Las fotografías de músicos al lado de los servicios. El aroma cubano de viernes por la noche que emana del buen tabaco que siempre ofrece Danny, el barman, al servir tu trago. «Tengo un puro que se llevaría excelente con tu copa». Y por supuesto, Charley: el dueño del bar, quien da la bienvenida y termina ebrio junto a sus clientes.

Dos de los más antiguos y frecuentes se sientan en la mesa del fondo, hasta el rincón. Él, Makena. Ella, Susana. Los padres de ambos son foráneos. Susana tiene en sus venas una mezcla de sangre italiana y brasileña. Rostro hermoso, piernas torneadas, tez blanca, manos largas e infancia tranquila. Makena, por su parte, carga ojos africanos. Alto, delgado, piel quemada y blancos dientes. Su padre murió a los treinta años. Su madre murió de tristeza un año después. Makena tuvo que responsabilizarse de sus hermanos menores. Ahora dirige una imprenta y aún no se casa. Conoció a Susana por casualidad en el puesto de revistas que está a contra esquina del Charley hace ya más de cinco años. Por ese tiempo Susana

llevaba un mes de casada, salió a conseguir una revista de interiores, revista que aún se imprime en el negocio de Makena. Ambos cogieron la revista a la vez. Makena descubrió el nombre de Susana y le invitó un trago en el Charley. A ella le encantó su sentido del humor tan sutil. Ahora, en la mesa, ella presiona con sus largos dedos la parte baja de su propia espalda. Náuseas y sudor. Makena nota un pequeño escozor en su entrepierna. Comenta un chiste y Susana ríe delicadamente. Con la misma sonrisa y la misma mirada de aquel entonces.

A Danny se le ha nublado la vista y sus dedos han comenzado a temblar debido al gran ardor que experimenta en la piel. Prepara un vermut más para Thom, derrama siete gotas fuera del vaso y gime como animal. Vuelve la mirada a Charley y una sonrisa se dibuja en sus labios hinchados. Sólo los buenos clientes, los de más porte y presencia, las más hermosas y delicadas, saben que su verdadero nombre es Danny. A los demás les inventa palabras como Noname o, para practicar sus viejos conocimientos de alemán, Namenlos. Cuando Charley y Danny entraron hoy al local después de subir la cortina metálica supieron que la noche sería especial. Se apreciaba en el ambiente. Curiosamente, todos los clientes en este momento conocen a Danny por su nombre, incluso la bella Isabela, quien entró por primera vez al Charley esta tarde.

No se puede confundir la belleza de Susana con la de Isabela. No hay punto de intersección. Mientras Susana se inclina hacia la distinción europea, Isabela tiende a la belleza americana, más hollywoodense. De muy pequeña huyó de casa. Consiguió trabajo de medio tiempo y estudió actuación. Sus notas eran altas y su mirada segura. Al graduarse siguió con el mismo trabajo de medio tiempo. Y su mirada perdió fulgor. Por fin consiguió el papel en una obra teatral que se estrenó ayer por la noche. Hoy las críticas se redactaron: «... interpretada por Isabela von Baer con una actuación mediocre». Su mirada se ha apagado por completo. Entró al bar justo antes de que el cielo oscureciera. Charley le dio la bienvenida con una reverencia sencilla. La condujo hacia la barra. Danny preparó un vodka con arándanos y uvas. «No es bueno que una mujer tan hermosa esté tan sola y tan triste». Isabela soltó una lágrima que dibujó un camino en su mejilla izquierda. Su novio, el protagonista, no le contesta el teléfono y el productor no le ha vuelto a llamar. Ahora sus retinas comenzaron a irritarse. El cristalino de sus ojos ha dejado de hacer su función. Demasiada luz para ella. Todo es más luminoso, como la entrada en el cielo.

Charley observa absorto desde la puerta. Dubitativo. Algún fallo en sus venas, en el corazón. Una pequeña turgencia en el cerebro. Su mirada al frente atraviesa el cabello de la señora Martha como mirando el infinito. Charley se recuerda de pequeño colgando del brazo de su madre viniendo a rescatar al papá, en este mismo local. Por aquellos días no se llamaba Charley, por supuesto. Sobre la puerta un letrero petulante y neón gritaba EL CIELO. Y el padre de Charley era el mejor amigo del dueño. Y ahí está Charley junto a la puerta. Con un *old fashion* en la derecha. Hielos y *whisky*, el mejor para una noche como esta. Da un trago, brinda por la soledad. Un día sin más, su esposa lo abandonó con un niño o una

niña en el vientre, él nunca lo supo. Ella era hermosa. Sí que lo era. Un trago más.

Como ya se ha dicho, en el Charley se respiraba un excelente ambiente desde que corrieron la cortina metálica. El prelude de una buena noche. De una buena clientela. Makena y Susana fueron los primeros. Después Isabela. Luego Thom. Y al último Martha. Tal vez la más anciana del local. Incluso más que Charley. Una mulata que lleva una firme trenza en sus canas. De voz grave e imparable. Y ropa holgada. El tiempo y las experiencias han marcado incontables veces su piel. Fuma a grandes bocanadas. Disfruta el recorrido del tabaco en su interior. La última vez que estuvo aquí fue hace poco más de siete años. Aquel día se paso por el Charley antes de subir a un avión. Ya se veía tan vieja como hoy. Con el ron en su garganta dijo: «Escúchame bien, Charley, voy a ir a la más grande aventura de mi vida y cuando regrese voy a traerte un regalo. Un excelente regalo y no sólo a ti, también a Danny y a todos los clientes que estén cuando llegue». Hoy, al llegar, Charley la recibió con un gran abrazo. Lo mismo hizo Danny. Ocupó una mesa, la misma que la última ocasión, claro. Ordenó ron. Su voz no ha cambiado. Apuró todo el ron de su vaso. Y Charley trajo otro sin que se lo ordenara. «Charley, me siento triste y quiero despedirme, ¿recuerdas que prometí un regalo para ti, para Danny y tus clientes?». En ese momento todos en el Charley se volvieron. Ella con manos inquietas sacó un bulto pesado de su bolso. Las miradas de todos se concentraron, como cuando enfocas un lente manualmente. Las manos de Martha tiritaron aún más. Desamarró el nudo lenta y cansadamente: piedras. «¿Piedras?», se preguntaron todos calladamente. «Piedras radioactivas», gritó Martha. Un insondable silencio se apoderó del Charley. La voz de Martha había sido acelerada, nerviosa y sucinta: piedras radioactivas.

La vista de todos tropezó con la de todos. Un segundo de inseguridad entrañó la mente de Thom. Miedo en los ojos africanos de Makena. Incredulidad en la sonrisa de Susana. Isabela talló sus párpados. Danny secó un vaso húmedo. Pero Charley se quedó desconcertado. Acabó su *whisky*. Descubrió en la mano de Martha tejido muerto. Calló. El silencio siguió inundando el *pub*. Quietud. Espera. Minutos después todos experimentaron un leve picor en la piel. Un momento de terror. Náuseas y sudor. Silencio. Tensión. Todos saben la verdad. Thom pide un vermut más. Su esposa llama por teléfono, pregunta por él. «Mantén a los chicos a salvo». La atmósfera se torna cancerosa. «Sí, tal vez no me divorcié, pero moriré junto a ti», declara Susana mirando a Makena. Isabela baja los párpados. No más lágrimas. Pide más vodka. Danny sigue preparando bebidas. Hoy, el mejor licor para todos. Martha coge la piedra más pequeña. La toma como pastilla. Exabrupto. Charley observa sosegadamente con un *old fashion* y una sonrisa complaciente se dibuja en sus labios. Cáncer, edemas cerebrales, desequilibrio osmótico, infección, hemorragias, necrosis, gangrena. Dolor y gemidos. Todos ríen. Brindan. Mueren. Ha llegado la hora de cerrar. Charley gira un interruptor para atenuar las luces, aumenta el volumen de las bocinas y cierra desde adentro la cortina metálica.



Acumulación 4 (2011). Mixta sobre papel: José Luis Vera.

Sizigia

— ¿Ustedes los hombres se masturban a diario?

— Unos cuantos, sí— declaro.

— ¿Cómo que *unos cuantos*?

— Algunos más de una vez al día. Otros cada semana. Cada tres noches...

— ¿Aun si tienen novia?

— Eso no influye mucho.

— ¿Y si son castos?

— Tampoco importa demasiado.

— ¿Tú lo haces?

— Todos lo hacemos.

— ¿Y alguna vez has pensado en mí?

Silencio.

— ¿Es que no te gusto?

Silencio.

Apuro de un sorbo el vermut que sobra en mi vaso. Me faltan respuestas. Siempre ha sucedido. *¿Por qué murió mamá? ¿Cómo sabré si una palabra está mal escrita en el diccionario? ¿Papá, si el reloj deja de funcionar el tiempo se detiene? ¿Por qué la muerte está tan presente? ¿Por qué no le puedo contestar a Laura? ¿Por qué murió mamá?* No es que Laura no me guste. De hecho me parece una mujer atractiva. Sobre todo cuando usa la falda muaré de hoy. *Yo también soy un hombre de piernas Mr. Belane.* Ella me mira y sonrío.

— Prométeme que la siguiente ocasión pensarás en mí.

Silencio.

— Y me cuentas qué tal estuve, ¿sí?

Ella se estira sobre la mesa y besa mi mejilla. Coge su bolso y sale del bar. Los músicos suben al escenario ubicado al fondo. Comienzan a tocar una versión de *Summertime* que se asemeja al estilo de Louis Armstrong. Es la banda local, todos los viernes tocan a la misma hora y abren con la misma canción. En el exterior, el cielo se ha nublado. Unas pocas gotas de lluvia caen al suelo. Miro por la ventana y adivino a un grupo de mujeres desnudas caminando al otro extremo de la calle. En su piel, sucintas frases figuran en color negro. «*Crise de Foi*», «*Bye bye, Benedicto*». Entorno los ojos y lucubro con ellas. Me cuestiono y, como es usual, siempre me faltan respuestas. Entonces vibra el celular en mi pantalón. Un correo de mi jefe. Me quiere mañana a primera hora en el Café de Flore, algún diseñador

de relojes nos ha otorgado una entrevista. Hace años probé suerte como periodista. En los entresijos del destino conocí a un fotógrafo que me enseñó varios trucos de iluminación. Ahora me dedico a eso. La mayoría del contenido en las revistas locales para adolescentes es aburrido y anodino. Incluso los lugares en donde se dan dichos encuentros ofrecen mejores historias que el propio entrevistado; como el Café de Flore, por ejemplo, imagino a Hemingway pensando: «eres un buen hombre, aunque desagradable, sobre todo si tratamos tu literatura», mientras bebía *whisky* con Joyce. Pero alguien tiene que hacer esos magacines y dar luz a las fotos en ellos.

Salgo del bar y paseo a orillas del río Sena. Una multitud se ha congregado alrededor de las desnudas. La luna brilla, fanal en el cielo, alta y blanca. Las farolas de mercurio se han encendido a lo largo de las avenidas. Y la marea comenzó a subir. Al llegar a mi apartamento preparo un *old fashion* de *whisky* con agua. Enciendo el estéreo e introduzco el *The future*, de Leonard Cohen. Bebo mientras me despojo de las prendas para el batín. Corro las cortinas de mi cuarto y me abstraigo en los caminos que dejan las gotas sobre el cristal. *¿Por qué murió mamá?* Me repito.

De niño, cuando nuestra vieja casa en Leeds, mamá me llevó a misa y al salir dijo con una sonrisa pintada en sus labios: «Dios está muy cerca de nosotros, hijito». Yo la miré con ojos de interrogación. «Tu padre consiguió un ascenso», «La crisis energética casi acaba. Y tú cada día estás más guapo».

Dios está muy cerca de nosotros, había dicho. Ahora que lo pienso, tal vez demasiado cerca como para poder verlo o incluso sentirlo. Tal vez demasiado cerca como para llevarse a mi madre. Hoy hay crisis de fe. Y Dios no acude al rescate. Mamá era hermosa en verdad. Sí que lo era. Alta. Delgada. Tez blanca. Piernas torneadas. Movimientos delicados. Ojos grises, melancólicos. Y labios finos.

Pasó poco tiempo y mi madre fue perdiendo la sonrisa. Varias noches la descubrí llorando en su cuarto. Papá había bajado a tomar algo. Al día siguiente, mamá despertaba con una parte del cuerpo amoratada. Semanas después salieron los dos solos y a mí me encargaron con una tía. En la madrugada papá me despertó con gritos y desesperación. Me cobijó y corrí a mi tía mientras ella rezongaba: «¿Pero qué pasó?», a gritos. Él hizo las maletas. Cogió papeles y me obligó a comer. Al amanecer pasamos primero al cajero y después fuimos a la estación del tren. Pregunté por mamá, «Nos alcanzará luego», me respondió. «Ahora cállate». Lloré y abordamos el vagón. Trasbordamos cuatro ocasiones, los andenes eran cada vez más fríos y turísticos, así llegamos a Francia. «¿Y mamá?», repetí. Él me miró enojado, apretó mi mano y caminamos hasta un hotel. Transcurrieron un par de noches. Me dijo que mamá estaba muerta. Nos instalamos en un pequeño apartamento. Cuando tuve la edad suficiente para emanciparme enfrenté a mi padre. Nunca me dijo por qué murió mamá y creo que nunca lo hará. Fue entonces cuando probé a ser periodista. Ahora él está viejo y gasta su vida en un asilo.

Me gusta vivir en París, aunque extraño la vieja mansión en Leeds. Me siento cómodo con el tono romántico de la ciudad. La arquitectura. La luna. La iluminación de las calles. Las personas. El aroma. Los bares. El clima... Además,

siempre tengo trabajo y conozco gente nueva. Algunos de ellos incluso quieren ser mis amigos. Laura, por ejemplo. A menudo pienso en ella. No sé cómo un hombre pudo divorciarse de una mujer así; delgada, bella, de piernas torneadas y labios finos. Laura ganó la patria potestad de su hijo y ahora trabaja en exceso para poder darle lo mejor al niño. Cuando la conocí quedé fascinado con sus ojos. Tiene una mirada melancólica y hermosa.

De pronto el teléfono del apartamento comienza a timbrar. Resuena de manera insistente y exasperante. Como si el que estuviera al otro lado del cable tuviera un mensaje urgente para mí. Imagino que es mi jefe. Nadie más se atrevería a interrumpir a estas alturas de la madrugada. Me levanto y camino pesadamente hacia él. Descuelgo el aparato.

—Hola —respondo.

—Hola, ¿hablo con el señor O'Brien? —Es una voz chillona y sin porte, como la voz de las adolescentes que leen la revista en la que trabajo.

—Sí.

—Disculpe por marcar a estas horas. Hablo del Asilo de Marsella para informarle que su padre ha muerto.

Silencio.

—Nos encanta...

—¿De qué murió? —interrumpo.

—No lo sabemos en realidad. Simplemente su corazón dejó de funcionar. No hubo exabruptos ni dolor. Simplemente dejó de funcionar.

Silencio.

—Siento haberle dado la noticia en estos términos, señor O'Brien. Pero no había otra forma.

Silencio.

—En fin, nos encantaría poder contar con su presencia mañana a primera hora. Hay que llenar unos formatos para que el seguro se en...

—Ahí estaré.

—Gracias.

Cuelgo el aparato y la realidad se infecta de una luz onírica. *¿Por qué la muerte está tan presente?* Hablo con mi jefe para avisar que mañana no podré asistir. Cambio mi estado en Facebook y declaro la muerte de mi padre en Twitter. «Simplemente su corazón dejó de funcionar». Imagino a alguien presionando un interruptor en su interior para poder morir tranquilo. Me abrigo y salgo a caminar sobre las calles sublunares de París. Paso a orillas del Sena. ¡Ah, el río Sena! ¡Cuántos suicidios y desesperación! Hoy la marea es alta. Demasiado alta. El viento corre tempestuoso. El agua turbia y la luna llena.

Regreso al apartamento y preparo más *whisky*. La temperatura aumenta. Me desvisto. Hago sonar a Coltrane y más *whisky*. Me paro frente al espejo y descubro a mi padre. A mi joven padre. Cierro los ojos y, sin saber por qué, Laura viene a mi mente. Su mirada gris y su falda muaré. La beso y comienzo a masturbarme. La despojo de su blusa. Su sostén. Sus pechos. Sus frágiles y blancos pechos. Me besa

y acaricio su espalda. Jalo el cierre de su falda. Sus bragas. Su sexo. La empujo a la cama. La penetro. Muerdo sus labios. Aprieto sus senos. Una cachetada. Me balanceo sobre ella cada vez más fuerte. Ahora un golpe. Ella gime y yo la golpeo. La veo sangrar y sigo pegando. Sé que tengo que parar o su niño me preguntará. ¿Por qué murió mamá?

Con todo respeto, señor Murakami.



Cemidor (2009). Cerámica de alta temperatura: José Luis Vera.

HUGO IRAD DÍAZ SANTIAGO (1992, México, D.F.). Realizó estudios parciales de Ingeniería Mecánica en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM). Cursó un taller de narrativa en el Centro Cultural Universitario 'Casa de las Diligencias' (UAEM). Actualmente trabaja en una empresa de su creación dedicada a los productos químicos.